

17. P. Hipólito Lereu

El P. Hipólito Lereu nació en Camañas (Teruel) en 1741. Ingresó al noviciado en Peralta en 1755 y profesó en 1757. Completó sus estudios en Daroca y Valencia. Profesor de filosofía y teología en Zaragoza y Valencia. A su cátedra de griego, en Zaragoza, acudía la primera nobleza y los más aventajados sacerdotes y religiosos de la ciudad. En 1776 fue enviado por el P. General, Cayetano Ramo, a la Provincia de Castilla, para la formación de los juniores escolapios y por el buen nombre que podía dar a la Orden en la Corte. Destacó enseguida como profesor, orador y director de conciencias. Por su elevada oratoria fue apellidado «boca de oro». Fue director espiritual de buena parte de la nobleza madrileña. El mismo Carlos III le comisionó para revisar la segunda edición de la Biblia del P. Scío, junto con los PP. Calixto Hornero y Luis Mínguez. Fue Rector muchos años de los colegios de Madrid. Falleció en el de San Antón en 1805, y a sus exequias asistieron los magnates de la Corte y el tribunal de la Fe en pleno. La humildad del P. Lereu fue proverbial, e impidió que brillasen su sabiduría y conocimientos literarios y científicos. Por esa razón no conservamos más que algunas obras, publicadas con su nombre y por obediencia a sus superiores. Las demás son desconocidas, por haberlas publicado bajo pseudónimo.

Ofrecemos a continuación algunas páginas de su obra “Lecciones escogidas para los niños que aprenden a leer en las Escuelas Pías”.¹ Considere el lector si sus palabras tienen validez hoy día.

AL LECTOR

Concurriendo comúnmente un número de niños bastante crecido a todas las aulas de primeras letras, y siendo imposible que un solo profesor pueda tomar con aprovechamiento la lección a cada uno de ellos en particular, se hace indispensable que la den en corros y usando todos los mismo libro, por cuyo medio puede el primero leer uno o dos puntos, y aun cuando siga el segundo, como lee lo mismo que el otro está viendo y oyendo, podrá con facilidad notar todo cuanto éste tenga de imitable por su modo de leer, como asimismo las correcciones que según fueren ocurriendo le hiciere el maestro. También se sigue de aquí que el trabajo del profesor será menor, y mayor el aprovechamiento de los discípulos. Para la consecución de este fin se ha dispuesto este tratadito, y aunque es verdad que para el mismo objeto hay otros muchos y excelentes, sin embargo, no ofrecen iguales ventajas, siendo la principal entre todas el precio más acomodado a las cortas facultades de la mayor parte de los que acuden a estas clases. Además, resulta el bien que, introduciéndose en las escuelas el uso de un libro común, se conseguirá desterrar de ellas la infinita variedad de otros muchos que manejan los niños, la mayor parte de los cuales, por estar llenos de fábulas y patrañas, les son perjudiciales y fuera del caso. También se ha atendido a que, al paso que se ejercitan en la lectura, vayan insensiblemente bebiendo la piedad y máximas cristianas. Últimamente se desea que este trabajo, tal cual él es, ceda en provecho temporal y espiritual de los niños, a quienes principalmente se dirige esta obrita.

*De la necesidad que hay de saber la doctrina cristiana,
y de los grandes frutos y provecho de ella.*

Una de las cosas más para sentir que hay hoy en la Iglesia cristiana es la ignorancia que los cristianos tienen de las leyes y fundamentos de su religión. Porque apenas hay moro ni judío que, si le preguntáis por los principales artículos y partes de su ley, no sepan dar alguna razón de ella; mas entre los cristianos, que por haber recibido la doctrina del cielo la habían de traer más impresa en los íntimo de su corazón, hay tanto descuido y negligencia, que no solamente los niños, mas

¹ Biblioteca Provincial de Emaús. Madrid, Aguado, 1831 (4ª edición), 326 pág.

aún los hombres de edad, apenas saben los primeros elementos de esta celestial filosofía.

Y si es verdad que he de decir a hacer hay mucha distancia, ¿cuán lejos estarán de hacer lo que Dios manda, pues aún no saben ni les pasa por el pensamiento lo que manda? ¿Qué pueden esperar estos, sino aquella maldición del Profeta, que dice que el niño de cien años será maldito, esto es, el que después de tener edad y juicio perfecto todavía es niño en la ignorancia y en el juicio y sentimiento de las cosas de Dios? ¿Qué pueden esperarse sino el fin de aquellos de quienes dice el mismo Profeta: *Por tanto, fue llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo ciencia, y los nobles de él murieron de hambre, y la muchedumbre de ellos pereció de sed?* Porque, como la primera puerta por donde han de entrar todos los bienes a nuestra alma sea el entendimiento, tomada esta primera puerta por la ignorancia, ¿qué bienes pueden entrar en ella? Si la primera rueda del reloj (que mueve todas las demás) está parada, necesariamente han de parar las otras. Pues si la primera rueda de este espiritual reloj (que es el conocimiento de Dios) nos falta, claro está que ha de faltar todo lo demás.

Por lo cual todo el estudio de nuestro capital enemigo es quitarnos esta luz. La primera cosa que hicieron los filisteos cuando tuvieron a Sansón en su poder fue sacarle los ojos, y hecho esto no hubo dificultad en todo lo demás que quisieron, hasta hacerle morir como bestia en una tahona. De ellos mismos se escribe que ponían grandísimo recaudo en que no hubiese herrerías en el pueblo de Israel, sino que fuese necesario para cualquier cosa de este menester ir a la tierra de ellos y servirse de sus oficinas, para que, estando el pueblo desproveído y desarmado, fácilmente se apoderasen de él. ¿Pues cuáles son las armas de la caballería cristiana? ¿Cuál la espada espiritual que corta los vicios, sino la palabra de Dios y la buena doctrina? ¿Con qué otras armas peleó nuestro Capitán en el desierto con el enemigo, sino repitiendo a cada tentación una palabra de la Escritura divina? Pues estas armas nos tienen robadas hoy en muchas partes del pueblo cristiano nuestros enemigos, y dejado en lugar de ellas las armas de su milicia, que son los libros torpes y profanos atizadores de vicios.

Y además de lo dicho, es una lástima y grande culpa no querer aprovecharse los cristianos de uno de los grandes beneficios que de la divina bondad y misericordia hemos recibido, que fue declararnos por palabra su santísima voluntad (qué es lo que le agrada y le ofende), para que siguiendo lo uno y huyendo de lo otro, vivamos en su amistad y gracia, y por este medio vengamos a ser participantes de su gloria. Pues cuán grande haya sido este beneficio y esta honra, decláralo Moisés al pueblo diciendo: *¿Qué gente hay tan noble que tenga las ceremonias y juicios y las leyes de Dios que yo os pondré hoy delante de vuestros ojos?* Y en el salmo ciento cuarenta y siete alaba a Dios el Profeta real diciendo: *que había anunciado su palabra a Jacob, y sus juicios a Israel, la cual merced a ningún otro pueblo del mundo había sido concedida.* Pues si esta es tan alta y tan grande gloria, ¿de qué me sirve que ella sea tal, si yo no me aprovecho de ella? ¿Si no la leo? ¿Si no la practico? ¿Si no la traigo en el corazón y en las manos? ¿Si no clarifico con ella mis ignorancias? ¿Si no castigo con ella mis culpas? ¿Si no enfreno con ella mis apetitos? ¿Si no aficiono con ella mi corazón y mis deseos al cielo? Que la medicina sea eficazísima y de maravillosa virtud, ¿qué provecho me trae ese yo no quiero usar de ella? Porque no está el bien del hombre en la excelencia de las cosas, sino en el uso de ellas, para que con la participación y uso del bien se haga bueno el que no lo es.

Cosa es por cierto maravillosa cómo pudo caber en los hombres tan gran descuido de cosa que Dios tanto les encomendó, y de que tanto caso hizo para su provecho. Él mismo escribió las leyes en que habíamos de vivir; él mandó hacer un tabernáculo, y dentro de él mandó que se pusiese un arca dorada hecha con grandísimo primario artificio, y allí quiso que estuviese guardada y depositada esta ley para mayor veneración de ella. Él mandó a Josué que nunca apartase el libro de esta ley de su boca, para leer siempre en él y enseñarles a los otros. Él mandó a quien hubiese de ser rey de Israel que tuviese a par de sí este libro escrito de su propia mano si quisiese reinar prósperamente y vivir largos días sobre la tierra. Sobre el cual mandamiento dice Filón, nobilísimo escritor entre los judíos, que no se contentó Dios con que el rey tuviese este libro escrito por mano ajena, sino que quiso que él mismo le escribiese por la suya propia, para que con esto quedasen más impresas en su memoria las sentencias de él, escribiéndolas palabra por palabra, despacio, para que más estimase lo que él por su propia mano (siendo rey) hubiese escrito,

teniendo muchos escribanos y oficiales a quien pudiera encomendar ese trabajo, y por aquí creciese en él la estima de la ley de Dios, viendo que la primera vez se había escrito ella con el dedo de Dios, y después se escribía no por mano de cualesquier vulgares hombres, sino de los mismos reyes.

Y porque no pudiese haber olvido de cosa tan necesaria, mandó a Moisés que, cuando los hijos de Israel entrasen en la tierra de promisión, levantasen unas grandes piedras, y escribiesen en ellas las palabras de esta ley, para que los que fuesen y viniesen por aquel camino vieses aquellas letras y oyesen la voz de aquel mudo predicador. Y conforme a ese tenor, aconseja Salomón aquel espiritual hijo que instruye en el libro de sus Proverbios, diciendo: *Guarda, hijo, los mandamientos de tu padre, y no desampares la ley de tu madre. Trabaja por traerla siempre atada a tu corazón y colgada como una joya a tu cuello. Cuando anduvieres, ande contigo, y cuando durmieres esté a tu cabecera, y cuando despertares practica con ella, porque el mandamiento de Dios es una candela, y su ley es luz, y camino de vida la reprehensión de la enseñanza.* Mil lugares de estos se pudieran traer aquí, tomando así de estos libros como de todos los otros que llaman Sapienciales, en los cuales son los hombres por mil maneras exhortados al amor y estudio de la divina sabiduría, que no es otra cosa sino día y noche leer, oír, pensar y meditar la ley de Dios, que es aquella buena parte que escogió María, la cual, asentada a los pies de Cristo, oía con silencio su palabra.

Pues ¿qué diré de las virtudes y efectos maravillosos de esta palabra? Cuando Dios quiso revocar su pueblo de sus pecados, mandó a Jeremías que escribiese todas las profecías que contra él había revelado, y que las leyese públicamente, en la cual lección dejó tan atónitos y pasmados a los oyentes, que se miraban a las caras unos a otros, llenos de espanto y confusión. Pues cuando el rey Josafat quiso reducir su reino al culto y obediencia de Dios, ¿qué otro medio tomó para esto, sino enviar sacerdotes y levitas por todas las ciudades de su reino, llevando el libro de la ley de Dios consigo y leyéndole al pueblo, y declarando la doctrina de él? Y para dar Dios a entender el fruto que de esta maravillosa intervención había resultado, añade luego estas palabras: “Por lo cual, puso Dios un tan grande amor en todos los reinos de la tierra, que no osaron tomar armas contra el rey Josafat, y así creció su gloria hasta el cielo, y fueron grandes sus riquezas y señorío”. Todo esto se describe en el capítulo 17 del segundo libro de Paralipómenos, el cual capítulo deseo yo tuviesen escrito en su corazón todos los prelados de la Iglesia cristiana, para que imitasen el ejemplo de este santo rey. Porque si ellos hiciesen lo que éste hizo, sin duda no florecería menos ahora el imperio de los cristianos que entonces floreció este reino, pues es ahora el mismo Dios que entonces va a hacer los mismos mercedes, si le hiciésemos los mismos servicios.

Cuán digna de sentimiento es la ignorancia que comúnmente hay de la ley de Dios, y cómo la lección de libros de católica y sana doctrina es uno de los principales remedios de esta ignorancia.

Pues si tan grandes y tan maravillosos efectos sobre las almas esta luz, ¿qué cosa más para llorar (como al principio dijimos) que ver tan desterrada esta luz del mundo? ¿Ver tantas y tan palpables tinieblas? ¿Tanta ignorancia en los hijos? ¿Tanto descuido en los padres? ¿Y tanta rudeza y ceguera en la mayoría de los cristianos? ¿Qué cosa hay en el mundo más digna de ser sabida que la ley de Dios? ¿Y qué cosa más olvidada? ¿Qué cosa más preciosa, y cuál más despreciada? ¿Quién entiende la grandeza de la obligación que tenemos al amor y servicio de nuestro Creador? ¿Quién entiende la eficacia que tienen los misterios de nuestra religión para movernos a este amor? ¿Quién comprende la fealdad y malicia de un pecado para aborrecerle sobre todo lo que se puede aborrecer? ¿Quién asiste a la misa y a los divinos oficios con la reverencia que merecen? ¿Quién santifica las fiestas con la devoción y recogimiento que debe? Vivimos como hombres encantados, ciegos entre tantas luces, insensibles entre tantos misterios, ingratos entre tantos beneficios, endurecidos y sordos entre tantos azotes y clamores, fríos y congelados entre tantos ardores y resplandores de Dios. Si sabemos alguna cosa de los mandamientos y doctrina cristiana, lo sabemos como picazas sin gusto, sin sentimiento ni consideración alguna de ellos. De manera que más se puede decir que sabemos los nombres de las cosas y los títulos de los misterios que

los misterios mismos.

Entre los remedios que para desterrar esta ignorancia hay, uno de ellos, y no poco principal, es la lectura de los libros de católica y sana doctrina, que no se entremeten en tratar cosas útiles y curiosas, sino doctrinas saludables y provechosas. Y por esta causa los Santos Padres nos encomiendan mucho el ejercicio de esta lección. San Jerónimo, escribiendo a una virgen nobilísima por nombre Demetria (la cual gastaba todo su patrimonio con los pobres), la primera cosa que la encomienda es la lección de la buena doctrina, aconsejándola que sembraste en la buena tierra de su corazón la semilla de la palabra de Dios, para que el fruto de la vida fuese conforme a ella. Y después de otros muchos documentos que allí le da, al cabo dice que quiere juntar el fin de la carta con el principio, volviendo a exhortarla a la misma lección. Y a Santa Paula, porque era muy continua en derramar lágrimas de devoción, aconseja que temple este ejercicio por guardar la vista para la lección de la buena doctrina. A un amigo escribe pidiéndole ciertos libros santos, dando por razones que el verdadero pasto del alma es pensar en la ley del Señor día y noche. San Bernardo, escribiendo a una hermana suya, la aconseja este mismo estudio, declarándola muy por menudo los frutos y efectos de la buena lección. Y (lo que es más) el Apóstol San Pablo aconseja a su discípulo Timoteo, que estaba lleno del Espíritu Santo, que, entre tanto que él venía, se ocupase en la lección de las santas Escrituras, las cuales desde niño había Timoteo aprendido. Mas, sobre todos estos testimonios, es ilustrísimo y eficazísimo para rendir todos los entendimientos el de Moisés, el cual, después de propuesta y declarada la ley de Dios, dice así: “Estarán estas palabras que yo ahora te propongo en tu corazón, y las enseñarás a tus hijos, y pensarás en ellas estando en tu casa y andando camino, y cuando te acostares y levantares de dormir, y las atarás como una señal en tu mano, y estarán y se moverán delante de tus ojos, y las escribirás en los umbrales y en las puertas de tu casa”.

No sé con qué otras palabras se pudiera más encarecer la consideración y estudio de la ley y mandamientos de Dios que con estas. Y, como si todo esto fuera poco, vuelve luego en el capítulo once del mismo libro a repetir otra vez la misma encomienda con las mismas palabras, que es cosa que pocas veces se hace en la Escritura. Tan grande era el cuidado que este divino hombre (que hablaba con Dios cara a cara) quería que tuviésemos de pensar siempre en la ley de Dios, como quien tan bien conocía la obligación que a eso tenemos, y los inestimables frutos y provecho que de esto se siguen. ¿Pues quién no ve cuánto ayudará para esta consideración tan continua que este profeta nos pide, la lección de los libros de buena doctrina, que (aunque por diversos medios) siempre tratan de la hermosura y excelencia de la ley de Dios, y de la obligación que tenemos a cumplirla? Porque sin la doctrina de la lección, ¿en qué se podrá fundar y sustentar la meditación, siendo tan conjuntas y hermanas estas dos cosas entre sí, que son lección y meditación, pues la una presenta el manjar y la otra le mastica y digiere y traspasa en los senos del alma?

Pudiera junto con lo dicho probar esta verdad con ejemplos de muchas personas que yo he sabido haber mudado la vida movidas por la elección de buenos libros, y de otras que he oído, y de otras también que he leído, de las cuales algunas crecieron tanto en santidad y pureza de vida, tomando ocasión de este principio, que vinieron a ser fundadores de religiones y órdenes, en que otros también se salvaron como ellos. Entendió esto muy bien Enrique Octavo, rey de Inglaterra, el cual, pretendiendo traer a su error ciertos Padres de la Cartuja, y viendo que con muchas vejaciones que para esto les hacía no los podía inducir a su error, al cabo mandó que les quitasen todos los libros de buena y católica doctrina, pareciéndole que, quitadas estas espirituales armas con que se defendían, fácilmente los podrían rendir. En lo cual se ve la fuerza que estas armas tienen para defendernos de los engaños de los herejes, pues las quería quitar quien pretendía engañar. Pues sin darles la virtud de estas armas, ¿por qué no trabajaremos de armar con ellas el pueblo cristiano? Vemos que uno de los grandes artificios que han tenido los herejes de nuestros tiempos para pervertir los hombres ha sido el derramar por todas partes libros de sus blasfemias. Pues, si tanta parte es la mentira pintada con los colores de las palabras para engañar, ¿cuánto más lo será la verdad bien explicada y declarada con sana doctrina para aprovechar, pues tiene mucho mayor fuerza que la falsedad? Y si los herejes son tan cuidadosos y diligentes para destruir por este medio las almas, ¿por qué no seremos nosotros más diligentes en usar de estos y de otros semejantes medios para salvarlas?

